

SUSANA VALLEJO

PORTA COELI

EL PRINCIPIO
DEL FIN

edebé

Annotation

Siglo XXI. Continúa el misterio del milenario libro. Raquel empieza el curso en la facultad. Desde las primeras clases, se une a su grupo de amigas un nuevo estudiante llamado David. Y, con él, las percepciones de unas criaturas misteriosas a su alrededor... Nada presagiaba que sería su último curso en la universidad. Una tetralogía que abarca 1.000 años de historia, donde se mezclan fantasía y magia con ciencia ficción gracias a una puerta que abre las entrañas de otro mundo. Una aventura más allá de este mundo.

SUSANA VALLEJO

El principio del fin

Porta Coeli N°3

Edebé

Sinopsis

Siglo XXI. Continúa el misterio del milenarismo libro. Raquel empieza el curso en la facultad. Desde las primeras clases, se une a su grupo de amigas un nuevo estudiante llamado David. Y, con él, las percepciones de unas criaturas misteriosas a su alrededor... Nada presagiaba que sería su último curso en la universidad. Una tetralogía que abarca 1.000 años de historia, donde se mezclan fantasía y magia con ciencia ficción gracias a una puerta que abre las entrañas de otro mundo. Una aventura más allá de este mundo.

Autor: Vallejo, Susana

©2010, Edebé

ISBN: 9788423694136

Generado con: QualityEbook v0.84

Susana Vallejo

El principio del fin

Porta Coeli 03

© SUSANA Vallejo Chavarino, 2009

© EDEBÉ, 2009

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Dirección editorial del proyecto: Reina Duarte

Diseño: Francese Sala

Ilustraciones de la propia autora www.portacoeli.net

Primera edición, octubre 2009

ISBN 978-84-236-9413-6

Depósito Legal: B. 28415-2009

Impreso en España Printed in Spain

El principio delfín abrió la puerta. Aunque resulte ser el tercer libro publicado de la tetralogía PORTA COELI, fue el primero en ser escrito.

A él le debo toda mi aventura en el mundo de las letras. Quiero agradecer a Chantal Albaigés su ayuda con los datos médicos. Y a Juan Antonio Quintana y María Cuberta, algunos de los primeros lectores de *El principio delfín*, su apoyo y entusiasmo. Y, por supuesto, no puedo dejar de dar las gracias a Miguel Ángel, mi marido. Sin su ayuda en tantas grandes y pequeñas cosas, nada de esto hubiera sido posible.

En 1884 Edwin A. Abbott escribió FLATLAND.

Es un Libro extraño y adelantado a su tiempo, relata la, historia, de, un cuadrado que visitó la, tercera dimensión ¡y se convirtió en un, cubo!

Sus amigos, los antiguos triángulos y círculos, eran, de pronto para él líneas, simples rayas en un espacio bidimensional.

El cubo miraba ahora hacia el horizonte y lo que, antes eran sólo líneas se convirtieron en esferas, tetraedros, pirámides... ¡Todo un nuevo universo se/ descubrió ante él!

A veces pienso en el cuadrado, ¿alguna vez echaría de menos su mundo de dos sencillas dimensiones?...

Cuando yo echo la vista atrás, la Raquel que soy ahora se admira de la inocencia de, esa chica que fui y de ese mundo sencillo que ya no volverá, nunca.

Hasta entonces lo más traumático que había pasado en mí vida era el divorcio de mis padres, un tema que a veces ellos llevaban muy mal, otras simplemente mal, y en ocasiones lo llevábamos todos encima como si se tratase, de una prenda vieja y muy usada, tan adaptada a nosotros mismos que ya hubiésemos olvidado que podríamos quitárnosla en cualquier momento.

Si tengo que empezar a contar mi historia, he de remontarme a aquel lejano principio de, curso...



ERA uno de esos días en los que da gusto pasear; el bochorno agobiante del estío de Barcelona había quedado definitivamente atrás, y no hacía ni frío ni calor.

Yo había pasado un mes con mi padre en su piso de la Costa Brava, otro con mi madre en la casa de una amiga suya en el Montseny, y un par de semanas en la ciudad.

Todavía estaba morena y hasta me acuerdo de lo que llevaba puesto aquel día: unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa muy escotada estilo hippy. Lo recuerdo bien porque me lo había pensado mucho. Entonces, a la Raquel ingenua que yo era lo que más le preocupaba era Ricardo. Había intentado olvidarlo durante todo el verano y sabía que inevitablemente me lo volvería a encontrar en la facultad. Habíamos tonteado juntos durante un par de meses al final del curso anterior, justo hasta que me dejó tirada por una rubia de cuarto, con el corazón estrujado como una fruta a la que ya no se pudiese sacar más jugo.

No tuve que esperar mucho para toparme con él. Al acabar la primera clase, en la que, por cierto, el profesor nos explicó por vigésima vez la etimología de la palabra «comunicación», me lo encontré cara a cara en el pasillo.

Hola, Raquel. Cuánto tiempo sin verte.

Le ignoré e intenté seguir mi camino, pero me cortó el paso.

—¿Tanta prisa tienes?

Levanté la vista. Estaba bronceado y el flequillo castaño le caía sobre la frente. Mirándolo recordé de pronto por qué me había quedado tan colgada de él. Al contemplar sus pestañas largas y doradas, me sacudió un tembleque

que hizo que agarrase aún con más fuerza la carpeta que llevaba entre los brazos.

—Hola, Ricardo —intenté que mi voz sonase firme y despreocupada, puede que lo consiguiese.

Continué andando.

—¿Tanta prisa tienes que ni te paras a saludar? —repi-tió sonriendo.

Estaba guapo. Estaba guapo el desgraciado con ese aire de verano aún en el cuerpo. Yo también sonreí sin querer hacerlo. La sonrisa me salió sola, como una respuesta automática ante la visión de sus dientes perfectos.

Unas chicas de primero se nos acercaron, o más bien se acercaron a él. Seguro que tendrían alguna excusa para preguntarle algo. Era el efecto que siempre producía Ricardo entre los grupos de chicas: risitas absurdas hasta que finalmente la más lanzada llegaba ante él dispuesta a entablar una conversación.

—Hola... ¿Sabes dónde...?

Ricardo desvió su atención un segundo y yo aproveché para escurrirme de él. Me pegué a la pared, andando a largas zancadas hacia el primer refugio que encontré: los lavabos de chicas.

Sentí unos pasos tras de mí, y entré en los servicios a toda prisa.

—Raquel, ¡para un momento!

Me volví al reconocer la voz de Maribel.

—¡Ya te lo has encontrado! —también venía Yolanda con ella—. ¡Cada día está más bueno el tío!

—¿Cómo lo llevas? ¿No se te había pasado ya?

Las dos sabían lo mucho que me había costado olvidarlo.

—Creía que sí, Maribel, pero al verlo... —suspiré—. Sé que es un imbécil, pero no es tan fácil... —mi mirada se perdió entre los sucios azulejos de las paredes.

—¡Anda, levanta ese ánimo! ¡Vamos a la cafetería! Te invito a lo que quieras y nos cuentas...

—¡Vamos a ver si hay algún tío nuevo que valga la pena! ¡A ser posible que no sea un gilipollas! —Yolanda era única con su alegría contagiosa.

El curso había comenzado y nada hacía presagiar que sería el último, que todo iba a cambiar para siempre, que mi mundo y todo lo que conocía y daba por sentado estaban a punto de disolverse como el cacao en un vaso de leche.

Me gustaba la parte más antigua de mi facultad. Algunas asignaturas se impartían en aulas que aún conservaban viejos pupitres de madera que se ordenaban en semicírculo. La luz se filtraba entre las rendijas de las persianas estropeadas y bailaba sobre las mesas plagadas de grafitis.

Nosotras preferíamos sentarnos en las últimas filas en clase de Literatura.

—...Dostoievsky habla del castigo como ley natural. Dice, y leo textualmente. Humm... Vamos a la página treinta del segundo tomo, cuando Petrovich habla con Raskolnikov —la voz de la profesora se convirtió poco a poco en un murmullo monótono.

Era la última clase antes de la hora de comer. Aburrida y hambrienta, me dedicaba a jugar con el bolígrafo y a observar a mis compañeros. Conocía a todos de años anteriores, pero me llamó la atención una cabeza rubia.

—¿Quién es ése? —di un discreto codazo a Yolanda.

—¿Quién?

—El rubio ese de la camisa marrón —murmuré señalándolo.

—Es nuevo; no tengo ni idea.

Justo en ese momento se volvió hacia nosotras. Yo retiré la vista, pero él no. Sentí unos segundos el peso invisible de su mirada sobre mí, era ligera pero afilada como una flecha.

Después de la clase, se inició una rápida desbandada. Todos tenían prisa por abandonar el aula, pero sorprendentemente el chico rubio, en vez de dejarse arrastrar por la marea humana, luchó contra ella y se acercó hada nosotras.

Parecía mayor. Andaba despacio y se movía con elegancia. Era pálido y delgado. No era guapo, pero a mí me resultaba atractivo.

—Perdonad —nos dijo con una voz algo ronca—, ¿sois ya cuatro para hacer el trabajo de Literatura?

—Somos tres —se apresuró a aclarar Yolanda.

—¿Os importa que me apunte con vosotras?

—¡Claro que no! —contestó rápidamente mi amiga, demasiado rápido, diría yo—. Soy Yolanda y ésta es Mari—bel... Y ésta, Raquel.

—Hola, soy David —me dio la impresión de que sólo se dirigía a mí.

Mi destino se acababa de sellar y yo no lo sabía. Dostoiévsky y su Crimen y castigo fueron la frontera entre mi vida antes de David y después de él.

—Eres nuevo, ¿verdad? —y sin darle tiempo a contestar, Yolanda continuó hablando—. Nunca te había visto.

—Sí, es mi primer año aquí.

Mientras recogíamos las carpetas me fijé en sus ojos, unos ojos algo caídos y de un gris extraño, muy parecido al del cielo cuando amenaza una tormenta.

Salimos los cuatro juntos de la clase y nos dirigimos hacia la cafetería.

Yolanda y yo nos quedábamos a comer en la facultad algunos días porque por las tardes íbamos a una academia para perfeccionar nuestro inglés.

La cafetería era el centro neurálgico de nuestra universidad. Durante todo el día, fueses a la hora que fueses, te encontrabas en un hervidero de gente, de ruido y de jaleo. En las mesas, unas mesas naranjas de plástico que habían conocido mejores tiempos hacía ya más de veinte años, se apiñaban grupos estudiando, charlando, jugando a las car-

tas o simplemente dejando pasar el tiempo. La algarabía, el ruido de los cubiertos contra los platos, los vasos, los camareros vociferando, la máquina de café silbando y la gente hablando hacían que casi tuvieses que gritar para poder hacerse entender.

—¿Os quedáis a comer? —nos preguntó David.

—Sí, Raquel y yo nos quedamos los martes y jueves — Yolanda le contestó sonriendo y poco le faltó para explicarle toda nuestra agenda.

—Hoy yo también me quedo —nos dijo.

—Pues venga, ven con nosotras. ¡Vamos a pillar un sitio!

A veces comíamos un bocadillo, otras un simple pincho de tortilla, pero en ocasiones nos apuntábamos al bufé. Lo mejor de esta última opción es que teníamos mesa asegurada, porque en la inmensa cafetería guardaban unas cuantas mesas para los que comían de bufé.

Ese día acabamos sentados en un rincón y el pobre David sufrió uno de los descarados interrogatorios típicos de Yolanda. El destino le había puesto delante un chico nuevo con unos ojos interesantes y ella no iba a dejar pasar la oportunidad.

Mi amiga no se cortaba un pelo, se enfrentaba a su interlocutor, a su víctima, con una sonrisa abierta y contagiosa, lo miraba con sus enormes, brillantes y preciosos ojos azules, y nadie podía negarse a contestar. Ella no era lo que los chicos entienden como «una chica atractiva», era más bien regordeta y bajita, pero su sonrisa era siempre sincera, y su mirada y la simpatía que repartía generosamente hacían que enseguida se ganase el afecto de todos.

—¿Y de dónde eres? —le preguntó sin quitarle el ojo de encima.

—De un pueblo pequeño del Norte —David se tomó su tiempo para contestar.

Hablaba despacio y tranquilo, como si sopesase cada una de sus palabras.

—¿Y por qué te viniste?

—Buscaba algo...

—¿Una ciudad más grande? ¿Oportunidades para trabajar?

—Algo así.

—¿Entonces no vives con tus padres? ¿Compartes piso? —ella no se rendía con sus preguntas.

—Vivo solo en un piso de alquiler.

—¡Vaya! Eso es que tienes pasta.

—Tampoco es eso —David alzó las cejas en un gesto sorprendido—. Bueno..., ¿y vosotras? —parecía que no era un tipo de los que se limitaban a contestar las preguntas de otros.

—Yo comparto un piso en Horta con dos amigos de Tortosa.

David se volvió hacia mí, esperando una respuesta.

—Vivo con mi madre —y a continuación, como siempre, me vi obligada a explicar—: Mis padres están divorciados.

Me miró con sus ojos grises, tan raros pero tan atractivos, y dio un sorbo a su vaso de agua. Me fijé en que tema las manos pálidas y los dedos muy largos y delgados. Sus movimientos eran elegantes y lentos como si arrastrasen el cansancio del paso de los siglos.

David poco a poco fue entrando en nuestras vidas. Ocurrió lentamente, sin darnos apenas cuenta. Se sentaba junto a nosotras en las clases, pasábamos los ratos muertos en la cafetería, charlábamos de naderías o de cosas de la universidad. íbamos juntos en el metro, o a veces él traía su viejo coche y nos llevaba a casa. Vaya, que se convirtió en una presencia familiar que siempre nos acompañaba y, ¿cómo explicarlo?, no molestaba. Incluso al revés, cuando él estaba, las tres amigas de siempre lo pasábamos mejor juntas.

En contra de lo que habíamos vivido en otras ocasiones, el hecho de ser un chico no resultó un freno para que terminase convirtiéndose en un confidente y amigo.

Nuestra facultad estaba rodeada de jardines y muchas veces, cuando hacía buen tiempo, el césped se convertía en un improvisado lugar donde reunirse. Maribel había sugerido salir afuera para disfrutar de unos tímidos rayos de sol y discutir cómo haríamos el trabajo de Literatura. Nos llevamos algunas bebidas y unas bolsas de patatas fritas y los cuatro nos sentamos sobre la hierba.

Yolanda se empeñaba en contarnos lo pesada que se había puesto su madre el día anterior, Maribel estaba medio tumbada sacando los apuntes de su carpeta. David escuchaba en silencio.

—Bueno... —interrumpí con la intención de llevar un poco de seriedad a la charla mientras procuraba no manchar con los dedos grasientos los folios del trabajo—. ¿Cómo nos organizamos? ¿Hago yo, como de costumbre, el análisis histórico, y Maribel, el literario?

—El histórico prefiero hacerlo yo, si no os importa —contestó David—. Estas cosas se me dan muy bien, ya lo veréis.

Y en vez de parecer pedante, lo dijo de manera que confiamos en él por completo.

—Vale, pues yo me ocupo del literario con Maribel.

Cuando pocos días después, allí mismo, tumbados sobre la hierba, él nos enseñó lo que había hecho, resultó ser muy bueno. Me daba un poco de rabia reconocer que a mí no me hubiese salido el trabajo así de bien, ni mucho menos lo hubiese podido terminar tan deprisa.

—Es muy bueno, David. Me gusta mucho... —le dije con sinceridad—. Me has impresionado, ¿te lo has bajado

de Internet? —le pregunté después de leer todo lo que había escrito.

El gesto de su cara ya me hizo entender que no lo había copiado de ningún sitio.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté sin pensar.

Me daba la impresión de que algo así sólo lo podría haber escrito alguien mayor. Nunca hasta entonces le habíamos preguntado su edad.

—¿Cuántos crees tú? —alzó las cejas de una manera curiosa, con un gesto que acabaría resultándome muy familiar.

Me quedé clavada en su mirada color acero. Siempre me había parecido mayor que nosotras.

—Veintisiete o veintiocho —atacó Maribel antes de que yo dijese nada.

—¡Veintiséis! —apostó Yolanda tajante.

Yo seguí observándolo con atención. Era incapaz de decidirme por un número.

El silencio flotaba a nuestro alrededor como el humo gris de los cigarrillos en un local de fumadores.

—¿Qué crees tú, Raquel? —él rompió la pausa y casi pude sentir cómo el silencio se deshacía en espirales.

—Pues... es difícil... Es que tienes...

—Venga, ¡dispara! Raquel es muy buena para estas cosas, tiene mucho instinto —le dijo Yolanda a David—.

Y también tiene intuición para otras cosas, ¡adivina muchas veces lo que va a caer en los exámenes!

—¿En serio? —preguntó él.

—Huy, sí. Le ha pasado muchas veces.

Yo continuaba observándolo, intentando elegir una cifra.

—Tienes... más años, más. Diría que veintinueve por tu cuerpo, pero tienes... esos ojos tan raros.

—¿Raros?! —exclamó Yolanda.

—Ojos de viejo... ¡Veintinueve por tu cuerpo, pero cientos de años por tus ojos!